LA CONCIENCIA EN PALACIO VALDÉS: *EL CAPITÁN RIBOT*

En 1896, en el Prólogo a *Los majos de Cádiz*, Palacio Valdés explica que «No es el autor quien debe hablar, sino los hechos y los caracteres» y añade, «si alguna filosofía se desprende..., que el lector la saque por sí mismo».[1] La novela que de este proceso nace, nos representa la realidad objetiva y la caracterización indirecta de los personajes; es decir, los caracteres se nos presentan, según afirma Palacio Valdés, mediante «sus acciones y discursos, de los cuales deduciremos sin equivocarnos lo que pasa en el espíritu».[2] De este modo comparte el lector con el autor la experimentación encarándose juntos con la realidad. Los caracteres así sorprendidos, como si dijéramos «in fraganti», se prestan al estudio en sus acciones y expresiones. Al lector le será así posible experimentar, seguir paso a paso y ser testigos de las constantes reacciones del carácter al encararse con distintas situaciones. Todo lo que el individuo es, lo es en su existencia concreta dentro del proceso histórico-social, del cual es a la vez causa y efecto. El

---

[1] Citado en José M. Roca Franquesa, *Palacio Valdés: Técnica novelística y credo estético* (Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1951), p. 140.

[2] Armando Palacio Valdés, *Testamento literario, Obras* (Madrid: Aguilar, 1965), II, 1275. Todas las referencias a este libro se harán entre paréntesis en el texto con la sigla T.

carácter, el individuo, entonces, se hace inteligible en la medida en que se presenta inteligible el proceso social dentro del cual se desenvuelve su existencia.[3] Por consiguiente, todo lo que vemos y podemos observar en este proceso es la manifestación exterior de lo que pasa en el interior. Sin embargo, dado que es nuestro interés en este trabajo sobre la novela, *La alegría del capitán Ribot* (1899),[4] examinar el por qué de la alegría de Ribot y dado que, como acabamos de decir, toda manifestación exterior es efecto de una causa o acción interior y nos permite sólo deducir lo que pasa en el carácter, entonces, es esencial tratar de penetrar en el carácter mismo de Ribot para poder examinar más de cerca dónde reside el origen de esa alegría y, más importante, estudiar la razón causativa de ella. Más que el carácter en su totalidad, hemos de considerar cuáles son los elementos componentes del carácter que participan en el desenvolvimiento moral del carácter mismo, para poder, luego, seguir, en el proceso de afirmarse, esa fuerza causativa de la alegría, la cual localizamos en la conciencia. Para esto, trataremos de establecer primero cuáles eran los conocimientos y las actitudes de la época al respecto pasando después al análisis de la conciencia dentro de la novela misma. Volvamos, entonces, a Palacio Valdés quien, adhiriéndose a la técnica experimental naturalista, nos plantea, muy específicamente, la génesis y formación del temperamento individual al decir:

> Nuestro ser espiritual, como nuestro ser físico, está construido pieza por pieza, molécula por molécula, y no somos nosotros los que lo construimos, sino los mil artífices que nos rodean. No hay más que cambiar un poco las circunstancias de nuestra vida para que seamos seres distintos. (T 1280-81)

El concepto esencial, que claramente deducimos de esto, es el desenvolvimiento, es decir, el efecto o la acción de desarro-

---

[3] Carlos Gurméndez, *Estudios sobre el amor* (Barcelona: Antropos, 1985), pp. 9-12.

[4] Armando Palacio Valdés, *La alegría del capitán Ribot* (Barcelona: Bruguera, 1968). Todas las referencias a esta novela se harán entre paréntesis en el texto con la sigla AC.

llar, de efectuar las necesarias operaciones o acciones para cambiar, mejorándolo, el orden moral. La libertad, entonces, puesta en acción, engendra un esfuerzo voluntario que, a su vez, resulta ser un germen de energía moral que, aplicada al constante enfrentarse con la variación de motivos, forma el sentido moral, la conciencia. Esta es un resultado de una lucha; corresponde, según el filósofo francés Guyau, «a un movimiento que se mantiene y se propaga a través de los obstáculos».[5] Ya que en la conciencia, mediante la memoria, hay constancia de cada acto de conciencia, es ella un coeficiente de suma importancia en el futuro desarrollo del individuo y, por lo hereditario de la experiencia, también es un coeficiente de suma importancia en la evolución misma de la especie.[6] Así al examinar, junto a su constitución orgánica, las

---

[5] J. M. Guyau, *La educación y la herencia,* trans. Adolfo Posada (Madrid: La España Moderna, s.f.), p. 107.

[6] Mario Pilo, «Il carattere umano secondo Ribot», *Rivista di Filosofia Scientifica,* 5 (1886), 421.

T. Ribot considera el carácter como el efecto de causas interiores y sigue explicando:

> Character is for us the psychological expression of a certain organised body, drawing from it its peculiar coloring, its special tone, and its relative permanence. That is the ultimate stratum upon which rests the possibility of the will, and which makes it energetic, weak, intermittent, commonplace, extraordinary. Theodore Ribot, *The Diseases of the Will,* trans. Merwin-Marie Snell, 4.ª ed. (Chicago: Open Court, 1894), p. 113.

T. Ribot no hace una clara distinción entre voluntad y memoria, sino que une los dos elementos. Sin embargo, vale para nosotros aquí su explicación de la interrelación entre los dos:

> We see that volition is the last term of a progressive evolution of which the simple reflex is the first round; it is the highest form of activity, ... It has for its basis a legacy from numberless generations, enregistered in the organism; this is the primitive automatic activity, simply co-ordinated, almost invariable, and unconscious, although it must in remote ages have been accompanied by a rudiment of consciousness which has withdrawn from it in proportion as the co-ordination, becoming more perfect, has organised itself in the species. (Ribot, *Diseases* 113).

tres funciones de voluntad, memoria y conciencia, hemos llegado indirectamente a la definición del carácter que consiste en tener conciencia de sí mismo y en actuar en su conformidad consigo mismo. La moralidad no es otra cosa que la unidad del ser. El que no obra como piensa, piensa incompletamente y siente que le falta algo; no es él mismo, no está entero. Hay una mutilación interna, que es la inmoralidad. Mario Pilo, al resumir, en 1886, las ideas del científico francés Theodore Ribot, concluye:

> Su questa trama ampia e tenace [la coscienza] si vanno continuamente ricamando, intrecciando, adattando, moltiplicando, con l'esperienza esterna e l'elaborazione interna, tutte le infinite emozioni, affetti, passioni, della vita, modificando lentamente, insensibilmente, il nostro io normale.[7]

Reitera Palacio Valdés este mismo concepto en *Papeles del doctor Angélico* al decir que «nuestro carácter puede modificarse lentamente por los esfuerzos repetidos e incesantes de nuestra voluntad».[8] El hombre necesita tener conocimiento del poder de su voluntad; conocimiento que adquiere en la lucha contra varios tipos de obstáculos.[9] La historia interna del hom-

---

[7] Pilo, p. 424.

[8] Armando Palacio Valdés, *Papeles del doctor Angélico, Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1968), I, 1537.

[9] Theodore Ribot en *Les Passions* explica:

> La conscience humaine travaille de deux manières: tantôt dispersée, faite d'états variés, nombreux, associés ou interrompus —c'est sa forme normale; tantôt condensée, concentrée, simplifiée— c'est l'exception. Cette unification de la conscience se rencontre principalement dans les cas suivants: l'attention soutenou, le travail de l'invention, la détermination volontaire ferme et exécutée, la passion. La conscience s'adapte ainsi tout entière à connaître, à créer, à agir, à jouir ou soufrir. Simplification et permanence qui ne sont d'ailleurs que relatives; car l'immobilité absolue, sans moments d'interruption, serait la suppression de la conscience que ne vit que de changements, ou la transformation en un état franchement morbide. (París: Félix Alcain, 1907), p. 181.

bre, la conciencia, revela el constante movimiento de vaivén entre el acercarse y el alejarse del animal, de cuya naturaleza participa. El ser humano que siente las dos fuerzas que le tiran en dos direcciones opuestas, exige primero un faro que le indique el camino, la conciencia, y luego una asidua disciplina, la voluntad, que le mantengan perseverante en la misma dirección del ideal.[10]

Cada estado de conciencia se transforma en acto y esta actividad voluntaria es la reacción propia de un individuo. La razón fundamental de una opción está en el carácter que, como decíamos antes, es, a su vez, el efecto de una multiplicidad de causas entre las cuales inserimos la herencia y la experiencia.[11] El carácter, cuando actúa contrariamente a los mandatos de la conciencia, se siente en un estado incompleto, percibe una falta interior, una mutilación del propio ser, la inmoralidad. El individuo, falto de moralidad, no puede experimentar sus consecuencias, el verdadero remordimiento, que es la experiencia de superioridad del individuo partícipe de la

---

Concluye que «La passion est donc l'équivalent affectif de l'attention et de la volonté stables» (181).

[10] Naturalmente, *mutatis mutandi,* en cuanto a la manera de expresarse y a la época, anterior en más de cuatro siglos, es apropiado, para continuar con nuestro tema de discusión, referirnos a la *Oration* de Pico della Mirandola (1486), cuando afirma:

> Let a certain saving ambition invade our souls so that, impatient of mediocrity, we pant after the highest things and (since, if we will, we can) bend our efforts to their attainment. *Oration on the Dignity of Man,* trad. A. R. Caponigri (Chicago: Regnery Gateway, 1956), p. 12.

Por supuesto, el deseo de Pico, como el de todo humanista auténtico, es elevar al hombre a un nivel alto, noble y casi angélico mediante la disciplina del libre albedrío y de la razón.

Pico della Mirandola, a quien citamos aquí, es el erudito italiano del siglo XV (1463-1494) y no Pico de la Mirandola, el pseudónimo de Ángel Vallejo Miranda, a quien menciona Gómez Ferrer y que escribe a fines del siglo XIX. Véase Guadalupe Gómez Ferrer, *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración* (Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1983), p. 46.

[11] Pilo, pp. 429-31.

moralidad de un grupo social. La consecuencia del obrar mal es «una inversión completa en la dirección de la conciencia» diría Guyau [12] ya que los malos instintos, sujetos a un remordimiento patológico, ahogan todos los demás. El que no siente remordimiento tampoco es capaz de percibir la delicadeza moral. El verdadero remordimiento, con sus refinamientos, con sus calurosos escrúpulos y torturas interiores hiere al individuo en razón directa de su perfeccionamiento. El remordimiento, que siempre se presenta a mostrar alguna imperfección en la realización del ideal, tiene una función útil, la de empujar hacia adelante, por la superación de la imperfección, hacia la resolución del ideal. El remordimiento, al mantener vívido el deseo de extirpar toda imperfección, marca un progreso definitivo interior. Batalla sin tregua, sí; pero también garantía del progreso. Bien podemos observar tal proceso en el Capitán Ribot desde el germinal deseo de seducir a Cristina hasta la sublimación de la relación entre los dos.

Pasemos, entonces, a considerar esos estados turbadores de conciencia que, vencidos, construyen gradas en la pirámide de su perfeccionamiento espiritual.

Ribot, en su barco y en la soledad entre cielo y mar, piensa en Cristina, a quien ha conocido recientemente, la evoca para hacerla vivir a su gusto en situaciones diversas que la fantasía le cree; pero, no puede, porque la fuerte impresión que ella le ha causado se lo impide, ya que su figura se le impone como es en realidad. Cristina le había sacudido todas las fibras de su ser. No podía crearse sueños inocentes ya que, por el estado de casada de ella, «los teñía de un matiz sombrío poco gustoso para la conciencia» (AC 51). Aquí, entonces, empezamos a ver el vaivén de emociones, las luchas, las superaciones que contribuyen al triunfo sobre sí mismo que atestiguamos al fin. Ribot nos revela esta primera escaramuza:

> Estas razones me determinaron a trabajar para alejarlas de mi mente. Procuré distraerme de tales imaginaciones, olvidar a la bella valenciana y recobrar la calma. (AC 51)

[12] J. M. Guyau, *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*, trad. L. Rodríguez (Madrid: Júcar, 1978), p. 161.

Y concluye:

> Gracias a mis esfuerzos, y aún más, a mis prosaicas ocupaciones, no tardé en lograrlo. (AC 51)

Sin embargo, a la vista de Valencia, la imagen seductora de Cristina se le ofrece de nuevo, con más fuerza, y los clarines de guerra vuelven a sonar poniendo alerta a las fuerzas de la voluntad, el deber, y la acción:

> Un impulso irresistible me arrastraba a verla de nuevo. Un instante, tan sólo un instante, para grabar su imagen más profundamente en mi espíritu y después partir y soñar con ella toda la vida. (AC 51)

Consiguió ver a Cristina, pero se prometió apartarse para nunca más volver a verla. Pudo continuar en esa determinación algún tiempo, mientras estuvo en Barcelona; sin embargo, a la vista de Valencia, al deseo de gozar de la presencia de ella, se le mezcla el remordimiento y aun un sentimiento de vergüenza. La amistad naciente entre él y Martí, el marido de Cristina, le aparta cada día más de ella. La confianza y cordialidad que van creciendo entre los dos hombres le hacen sentir una mezcla de orgullo y humillación y confiesa Ribot: «...una voz me gritaba en la conciencia que yo, aunque amigo reciente, no era un ser mucho más apreciable [que Castell]. Esta voz me turbaba de modo indecible» (AC 97). Sin embargo, Ribot parece no oír esta voz cuando él más tarde sigue galanteando a la esposa de su amigo, y no aparta los ojos de ella. Pellizca y se come el pan que ella había pellizcado; se apodera del pañuelo de Cristina y regresa a la fonda para gozar a solas de su conquista y, allí, dice: «...me entregué a una serie de locuras que aun hoy recordándolas me hacen ruborizar. Aspiré su perfume con embriaguez, lo besé infinitas veces, lo coloqué sobre mi corazón...» (AC 108), Conducta esta sin duda más de un estudiantillo romántico que del capitán de un vapor. Sin embargo, al día siguiente le invade cierto malestar moral que, al acostarse, le impide dormir. Es el remordimiento. Transcurren las horas de insomnio entre el no poder evocar la dicha de ser amado por Cristina y el no poder estar libre de aquel

dolor que le provenía del estímulo que sentía hacia el querer gozar de Cristina traicionando al esposo, hacia el cual sentía una amistad fraternal. Se le oprime el corazón, se siente desgraciado. Pasan las horas lentamente; el sueño no viene a aliviar los cansados y ardientes párpados. Una voz severa sigue repitiéndole lo cobarde y villano de su acción mientras le anuncia la inevitable infelicidad. La lucha entre el deber y el placer recrudece con el progresar de la noche hasta que se impone la voz del deber, la voz de la conciencia; entonces, dice Ribot:

> Renuncié de una vez a mis deseos, a sus esperanzas, a los goces del amor y a los halagos del amor propio. Entré armado de látigo en mi espíritu y arrojé de él esa voluntad pérfida que tan pocos placeres nos da y tantos resquemores nos causa. Trabajo me costó, porque huyendo de mí se escondía por todos los rincones... Pero al fin logré echarla de veras... (AC 114)

Al día siguiente en la tertulia en casa de Cristina, reafirma, aún más enfáticamente, su renuncia. En esta ocasión, al discutirse el fin trágico de Larra, se desahoga dando rienda suelta a sus pensamientos:

> Si la suerte caprichosa me arrastra alguna vez, como a Larra, a enamorarme de una mujer que pertenezca a otro..., no trataré pérfidamente de arrancarla al cariño de su marido para conquistar el placer, no la alegría... Trataré más bien de sacar partido de mi pobre imaginación como el gran Petrarca lo sacó de la suya divina; la amaré; guardaré su imagen en el fondo del corazón; la rendiré culto desinteresado, y mi existencia, al contacto de este puro amor, adquirirá elevación y nobleza. (AC 118-19)

Este, para mí, es el punto culminante de la novela. Es aquí que Ribot resiste la fuerte atracción de la pasión, se domina y triunfa sobre el estímulo de la naturaleza. Ribot, en este momento decisivo, da inicio al proceso de una nueva personalidad, nuevo fénix va emergiendo para elevarse, cada momento más, de la vida instintiva animal a ese estado noble y perfectible del ser creador de su propia dicha. Esto es crearse una vida que sea el efecto de la concordancia entre el querer,

el deber y el actuar.[13] De esta concordancia nace esa armonía que se oye en el espíritu y que Palacio Valdés identifica con su concepto de *alegría.* Esa paz, tranquilidad interior que llena el corazón. En *Testamento literario* dice: «Lo que envenena nuestra existencia son las pasiones, la soberbia, la envidia, la cólera..., el que logra dominarlas tiene mucho adelantado para pasar una vida relativamente feliz» (T 1313). Y más adelante esclarece: «Busca la moralidad y te encontrarás con la felicidad» (T 1319).[14]

En otra ocasión notamos que Ribot sigue en la escalera de su mejoramiento, camino de la sublimación de la pasión hacia Cristina, cuando, al considerar casarse con Isabelita, muchos sentimientos le embargan el alma: el fuerte amor hacia Cristina, la relación amistosa con Martí y la hermosura y la inocencia de Isabelita. En esta situación, la vigilante conciencia hace que se pregunte: «¿Estamos en ésas?»... ¿Tratas de contraer un vínculo sagrado, de entregar tu corazón a una niña inocente y no puedes reprimir tus impulsos libertinos?» (AC 143). Recibe serias amontestaciones y felicitaciones de la conciencia, mientras insiste en que nunca olvidará aquel sueño de amor, pero que tampoco hará nada contra el honor de Martí y la paz del corazón de Cristina. Se queda albergando tan sólo

---

[13] Acordémonos aquí de la fábula de Pico della Mirandola en la cual el hombre tiene la responsabilidad y la libertad de hacerse, de elevarse. Este mismo filósofo en otra parte de la misma *Oration* añade:

> If, by moral philosophy, the power of our passions shall have been restrained by proper controls so that they achieve harmonious accord; and if, by dialectic, our reason shall have progressed by an ordered advance, then, ... we shall hear heavenly harmony with the inward ears of the spirit. (26-27)

[14] López de Ayala en el Prólogo a *El hombre de Estado* (1851) había dicho: «Todos los hombres desean ser grandes y felices; pero todos buscan esta grandeza y esta felicidad en las circunstancias exteriores, es decir, procurándose aplausos, fortuna y elevados puestos. A muy pocos se les ha ocurrido buscarlos donde exclusivamente se encuentran: en el fondo del corazón, venciendo las pasiones y equilibrando los deseos con los medios de satisfacerlos, sin comprometer la tranquilidad». *Obras completas* (Madrid: Imprenta de D. A. Pérez Dubrull, 1881), I, 5-6.

«el deseo ardiente de habitar cerca de Cristina, de vivir en su intimidad y no perder de vista jamás su rostro hechicero» (AC 142). Será éste el sentimiento que le servirá de guía y de sostén y será esta misma disposición espiritual que le hará posible, al fin, aceptar la decisión de mutuo respeto, regocijarse en la tranquilidad de conciencia, y deleitarse en la alegría del alma.

Más tarde Ribot podrá confesar a Cristina:

> He sostenido luchas dolorosas, desesperadas, conmigo mismo. He vacilado, he caído también; pero me he levantado y, puedo decirlo con orgullo, jamás, la traición halló abrigo en mi pecho... Porque antes de las satisfacciones del amor, antes que todos los goces de la tierra y aun de los del cielo, si me los ofreciesen, estimo la paz de mi conciencia. (AC 183-84)

A Castell, cuya filosofía es que «no hay otra felicidad sobre la tierra que poseer lo que se desea» (AC 192), aunque para conseguirlo se hiera por la espalda a un amigo,[15] Ribot le dice refiriéndose a Cristina:

> La adoro con toda mi alma, con todas las fuerzas de mi corazón. Pero obtenerla por medio de una traición, lejos de causarme alegría, sería la mayor desgracia que podría ocurrirme sobre la tierra. Nunca dormiría tranquilo. (AC 191)

Aludiendo, luego, a la decisión tomada de renunciar a todo aspecto físico en la relación entre los dos, continúa:

> Acabo de hacer un sacrificio cruel; pero lo he hecho por el amor de ella, por el sosiego de mi conciencia. (AC 191)

Después, entusiasmándose más, se transporta sentimentalmente fuera de la situación presente, y ubicándose espiritual-

---

[15] Castell, para justificar el querer compartir a Cristina con Ribot y el marido Emilio, establece un precedente al hacer referencia a la situación de Draudpadi quien poseía cinco maridos. No obstante, vale notar que, aún en la tradición india, el matrimonio poliandro de la virtuosa Draudpadi es un caso extraordinario y excepcional. Para más detalles sobre esta situación véase Heinrich Zimmer, *Myths and Symbols in Indian Art and Civilization*, ed. Joseph Campbell (New York: Harper & Row, 1946), p. 62; Veronica Ions, *Indian Mythology* (London: Paul Hamlyn, 1967), pp. 121-22, 125.

mente errante, solo, entre cielo y mar en su barco, líricamente exclama elevando su amor, casi en profético éxtasis, a una unión cósmica:

> Seré más feliz que usted. Las estrellas del cielo brillando sobre mi cabeza me dirán: «Alégrate, porque has sido bueno». El viento silbando en la jarcia, las olas chocando en el casco me dirán: «¡Alégrate, alégrate» (AC 191)

No obstante, ¿será el futuro tan fácilmente refrescante y acogedor? La fatal casualidad que le pone en una situación que puede despertar la susceptibilidad de su amigo Emilio, le hace resolver, también por delicadeza, alejarse de Cristina y de Valencia. Regresa a la mar. Transcurren los meses, los quehaceres le borran el día mientras las horas tranquilas de la noche pasan arrulladas por el canto de los marineros y por el murmullo del agua acariciada por la quilla del barco. Sin embargo, al cruzar de noche delante de Valencia, el sueño de amor se vivifica y, mientras las lágrimas le nublan los ojos, solo, sobre el puente, le sale del alma el canto triste y amoroso de la famosa aria «Cielo e mar» de la ópera *La Gioconda* e, identificándose con Enzo, exalta la belleza del cielo y del mar y revela su fuerte nostalgia por Cristina.[16]

---

[16] Palacio Valdés, en esta situación, describe a Ribot cuando por la noche cruza en barco por delante de Valencia, puede ver a lo lejos el Cabañal, la casa veraniega de Cristina, y canta, mientras se le nublan los ojos de lágrimas, en voz baja la despedida de *El Grumete:*

> Si en la noche callada
> sientes el viento, etc. (AC 195)

He examinado con cuidado la zarzuela *El Grumete* de Antonio García Gutiérrez (Madrid: Imprenta de José Rodríguez, 1856), representada por primera vez en el teatro del Circo en el mes de junio de 1853, y no he encontrado en ella nada que física, lírica o emocionalmente se parezca a la situación de Ribot. Sin entrar en particulares, afirmamos que la situación de Serafín, el grumete, y Luisa es muy distinta de la del Capitán Ribot y Cristina. Sin embargo, más detenidas investigaciones me han hecho llegar a la hipótesis de que Palacio Valdés quería referirse a la ópera italiana *La Gioconda* de Amilcare Ponchielli (Boston: Oliver Ditson, 1884), maestro de Puccini, estrenada en La Scala de Milano el 8 de abril de 1876. El libreto, basado en el drama *Angelo, le Tyran de Padoue* de Victor Hugo, lo escribió Tobia Gorrio (pseudó-

Ribot, a la muerte de Emilio, por fin, tiene la oportunidad de casarse con Cristina y le declara su amor. Ella, antes de contestarle, se pone grave y silenciosa y luego, considerando la circunstancia de los dos en relación a sí mismos y a los demás,

---

nimo de Arrigo Boito). La situación ambiental y emotiva que elicita en Enzo el cantar el aria «Cielo e mar» parece relacionarse más lógicamente con la despedida conmovedora del capitán Ribot. Más nos convence esta tesis si consideramos lo que Ribot había dicho anteriormente: «Sólo cuando me hallé sobre el puente entre el cielo y el mar pude darme cuenta de la impresión que en mi espíritu había causado la esposa de Martí» (AC 48). Además, el ambiente y actitud son más de ópera que de zarzuela.

He aquí el texto del aria que Enzo canta en *La Gioconda:*

Cielo! e mar! l'etereo velo
splende come un santo altar.
L'angiol mio verrà dal cielo?
L'angiol mio verrà dal mar?
Qui l'attendo;
Ardente spira oggi il vento dell'amor.
Ah! quell'uom che vi sospira
vi conquide o sogni, o sogni d'or!
Ah! quell'uom che vi sospira
vi conquide o sogni, o sogni d'or!
o sogni, sogni d'or!
Per l'aura fonda
non appar nè suol, nè monte,
l'orizzonte bacia l'onda!
l'onda bacia l'orizzonte!
Qui nell'onda, ov'io mi giaccio
coll'anelito del cor,
vieni, o donna, vieni al bacio
della vita, della vita e dell'amor,
vieni, o donna, qui t'attendo,
con l'anelito del cor,
vieni, o donna, ah! vieni al bacio,
vieni, vieni, vieni al bacio
della vita e dell'amor
dell'amor, ah! vien! ah! vien!

(Atto II, Scena IV)

Mucho agradezco la cooperación de Enrique Ortenbach, de Barcelona, a quien conocí en New Orleans en ocasión de la visita a la Universidad de Tulane de la escritora Esther Tusquets. El señor Orten-

pone en juego los varios aspectos necesarios para que se llegue a una conclusión apropiada, lógica y moral, con la cual su propia conciencia pueda quedarse tranquila; al mismo tiempo, ayuda a Ribot a que él también tome en consideración ciertos aspectos, antes quizás ignorados, para que tenga lugar una revaloración de la situación con que los dos puedan quedar tranquilos. La cita es un poco larga pero la juzgo necesaria:

> ¿No piensa usted, Ribot, que hay algo entre nosotros que debe detenernos, algo que empañaría la dicha a que usted tiene derecho? Recuerde las circunstancias en que nos hemos conocido, examine los secretos impulsos que le han traído a esta tierra, los que usted ha sentido después, sus luchas interiores, sus pensamientos, sus dolores y alegrías durante los tres años y medio que acaban de transcurrir... Y dígame francamente si no imagina que alguna vez la conciencia nos diría al oído que no habíamos procedido con toda delicadeza. Yo creo que sí; y como le conozco a usted bien, sé que bastaría para turbar la serenidad de su vida. Esto en cuanto a lo de dentro. En cuanto a lo de fuera, ¿no se le ocurre que al vernos unidos podría nacer en el mundo una infame sospecha que fuese a herir en su tumba a un ser querido?» (AC 215)

Consulta Ribot su propia conciencia, comprende la verdad con sus consecuencias y llora. Cristina llora también. Su conciencia le impide insistir. El recuerdo de su fuerte deseo de seducirla, cuando era fruto prohibido, de que no pudo seducirla por respeto a Emilio, que le honraba con su amistad, es ese mismo recuerdo que le impide ahora gozar legítimamente del fruto, no porque busque «lo prohibido» sino porque la misma libertad de adquisición le impide la posesión. Su conciencia, llevando a flote esa dudosa, si no ilícita, conducta anterior, le perseguiría y le haría la conquista, aunque legalmente lícita, moralmente ilícita y su vida intranquilamente triste. ¿Y Cristina? Cristina, que en el matrimonio supo conservar intacta la virginidad moral [17] y física a pesar de los ataques vio-

---

bach logró localizar un ejemplar de *El Grumete* en la biblioteca particular de un amigo suyo.

[17] J. M. Guyau declara que «Le mariage même conserve encore à la femme une sorte de virginité morale». *L'irréligion de l'avenir. Étude sociologique* (Paris: Félix Alcán, 1887), p. 257.

lentos y traidores de Castell, ¿supo también proceder siempre con toda delicadeza durante la meliflua asiduidad amorosa de Ribot? ¿Qué le diría la conciencia?

Los dos se miran, se comprenden y callan. La discreción presente en la conciencia, en el carácter de Ribot, nos hace aún más convincente, y quizás aun esperada, la renuncia a casarse con Cristina. Esta discreción es la que añade más valor a esa calma interior que revela tranquilidad de conciencia por haber cumplido con su deber. Las dos conciencias comparten al unísono una misma determinación. Vivirán no en el matrimonio sino en la amistad. Esta resolución es evidente prueba del continuo atractivo afectivo, del dominio sobre sí mismos y de la definitiva superación del atractivo sexual. Cristina y Ribot renuncian a la mutua unión no «en razón de unos sutiles motivos» según afirma Gómez-Ferrer,[18] sino en razón de una lógica consecuente con el carácter y el desarrollo moral-psicológico de los personajes evidenciado por toda la novela y consecuente con el fin regenerativo del autor.[19] Convengo en que el desenlace no es «un final feliz»,[20] según se entiende convencionalmente, ya que no acaba ni en el matrimonio ni en el adulterio, pero sí es feliz dentro de la contextura ideológica del autor por su querer apartarse «cada día más del gusto predominante en la literatura moderna»,[21] por su sublime moralidad

[18] Gómez-Ferrer, p. 120.

[19] Palacio Valdés mantiene una fuerte interrelación entre la intuición, la sensibilidad y la razón. Mientras las primeras dos siguen creando situaciones nuevas, es siempre la razón la que entra para mantener el equilibrio. Es la razón que, junto con la sensibilidad y la intuición, triunfa en los argumentos que lleva Cristina, determina la futura conducta de los dos y causa el desenlace bañado de alegría. María Romano Colangeli corrobora este concepto cuando afirma que «Il saper rinunciare, per uno spontaneo atto di volontà, ad un sogno a lungo coltivato nel segreto dell'animo, e proprio quando è sul punto di tradursi in realtà, non è soltanto prova di coraggio, ma di consapevole forza morale...». *A. Palacio Valdés Romanziere* (Lecce: Libreria Editrice Milella, 1961), p. 65.

[20] Gómez-Ferrer, p. 120.

[21] Palacio Valdés citado en la *Introducción* de F. J. A. Davidson a *José* (Boston: D. C. Heath, 1900), p. x.

y su futura ética afianzada en la conciencia y en la firme creencia del valor de conseguir el ideal.

Para Ribot como Cristina, la nueva vida tiene sentido porque han sabido dárselo. Sus días corren felices y serenos. Hermosa es la vida, llena de alegría. «Todo ríe», dice él, «todo se agita, todo canta en el mundo mágico que he creado en mi pecho» (AC 218). Ribot, a la postre, encuentra la felicidad en la convicción de haber actuado de acuerdo con los dictados de su conciencia. Protege a la viuda y a su hija, y logra una paz espiritual. «Una alegría pura y serena emana de su renuncia y del cumplimiento del deber cristiano».[22]

La victoria sobre la pasión otorga una existencia ética en la que el hombre puede contemplarse ante su propia conciencia vencedor sobre el mundo, el tiempo y las circunstancias. De esta contemplación brota la alegría que consiste en haber sabido dar sentido a la vida y en testificar ante sí mismo y consigo mismo la veracidad y el signo auténtico de la vida; es decir: en hacerse el artista de su dicha. El capitán Ribot es un don Juan que empieza por querer seducir, pero que luego, por la fuerza y el empuje de su conciencia y voluntad, transforma esa pasión sensual, que le atormenta, en una pasión ideal que le penetra en el alma y la irradia de suave felicidad.[23]

---

[22] Felipe Pedraza, *Época del realismo*, tomo VII de *Manual de literatura española* (Tafalla, Navarra: Cenlit Ediciones, 1983), p. 876.

[23] Para Hegel, la felicidad consiste en la más completa expresión y cumplimiento de la naturaleza del individuo. Es vivir lo más abundantemente posible. La vida verdaderamente feliz es la vida vivida de acuerdo con el deber. Sólo el deber contiene su propio fin y solamente esas acciones hechas exclusivamente por el deber son justas. Solamente cuando cumplimos con nuestro deber, somos verdaderamente autodeterminados y libres en nuestra vida. G. W. Hegel, *Filosofía del derecho* (1821), II. A esto J. M. Guyau añade y explica: «La felicidad perfecta está formada por el recuerdo y el deseo... Casi nunca hemos tenido *conciencia* de ser completamente felices, y, sin embargo, *nos acordamos* de haberlo sido. ¿Dónde está, pues, la felicidad absoluta sino en la conciencia?». *Esbozo*, p. 33.

GILBERT PAOLINI
Tulane University